

# Diarios

1999-2010

*seguidos de un epílogo*

Iñaki Uriarte

*Para María y mis hermanos*

1999

**M**IENTRAS ME HACEN el escáner la doctora repite mi nombre: «¿Qué tal estás, Ignacio?». «Ponte aquí, Ignacio». «Ahora un poco más a la derecha, Ignacio». «Ya está, Ignacio». «Ahora vendrán a buscarte, Ignacio». «Adiós, Ignacio». Ya sé que es un truco para tranquilizarme, pero funciona. Aunque todo el mundo me llama Iñaki, no me habría venido mal incluso algún don Ignacio. Sin embargo, solo me relajo de verdad cuando llega el celador para subirme a la habitación, gira la camilla de golpe y arranca al grito de: «¡Vamos, moreno!».

PLA DICE QUE hay que escribir como se escribe una carta a la familia, pero con un poco más de cuidado. Aquí voy a hacerlo como si hasta las cartas fueran un alarde de retórica. Como si hablara solo.

UNA VEZ ESCRIBÍ para el periódico:

«La observación es de Nietzsche: “Se aprende antes a escribir con grandilocuencia que con sencillez. Ello incumbe a la moral”. Es fácil señalar unos cuantos defectos morales que empujan a ser grandilocuente. El primero es la falta de aplicación. A quien escribe con descuido se le llena la página de expresiones que tal vez fueron elocuentes en su origen, pero que hoy son tópicos grandilocuentes. Otros enemigos de la escritura sencilla son la vanidad y el miedo. Quien escribe para publicar y ser leído tiende a adornar o proteger su pensamiento con grandes palabras.

Y esto de las grandes palabras hay que entenderlo literalmente. Gracias a un artilugio del ordenador, veo que el tamaño medio de los vocablos de los “Puntos de vista” que publico a veces en *El Correo* es de 4,6 letras. Las mismas teclas aseguran que el tamaño medio de los que empleo en otros textos que escribo y guardo en privado, sin pensar en su publicación, es de 4,3 letras. He aquí un 0,3 de grandilocuencia añadida del que podría corregirme. Por ejemplo, siendo más fiel al consejo dado una vez por Valéry a un aprendiz de escritor: “Entre dos palabras semejantes, escriba usted la más corta”. Todo un precepto ético».

LEER EL PERIÓDICO hasta la última coma, o prescindir absolutamente de él, entretenerme con novelas baratas, seguir con atención programas birriosos en la tele, ser afable con todo el mundo, esos son mis síntomas más claros de bienestar.

YO LE SEGUÍA atento y cordial, y le decía que seguro que su libro estaría muy bien y tendría éxito, pero por dentro pensaba que con esa cara nadie puede escribir una buena novela. De cualquier modo, siempre considero un buen síntoma el que al leer un libro me sienta impulsado a mirar la foto del autor en la solapa. Algo tiene para mí ese libro, aunque la mayoría de las caras de los autores no lo haría suponer.

UN DOCUMENTAL DE la tele muestra una aldea de masáis hartos de los elefantes. Les comen las cebollas, los tomates, los puerros, destrozan sus poblados, matan a gente. Los masáis quieren acabar de una vez con esta especie en extinción. No son pocos los que opinan lo mismo con respecto al euskera.

2000

A ESTE LE GUSTA la carne. Va a Inglaterra para acostarse con una de esas forzudas rebosantes de músculos que aparecen en Internet. Paga el viaje y 50.000 pesetas más por pasar con ella una noche en su gimnasio de Londres. Al otro le atraen los huesos. Acude por la noche con la chica a la consulta del padre de ella y se masturba mientras contempla su esqueleto bailar a través de la pantalla de rayos x. Los dos me lo cuentan encantados. Son de esos secretos que no tienen sentido si no se revelan a alguien.

ESTOY LEYENDO UNA enorme biografía de Hitler. A la vez, retomo a Pessoa, al que hace tiempo que no leía. Cuando lo hice por primera vez, lloraba de emoción. Hace un par de años volví al *Libro del desasosiego* y me pareció demasiado quejica. Ahora lo encuentro de nuevo genial, aunque no me conmueve como al principio. Hitler y Pessoa tenían la misma edad. Nacieron con un año de diferencia. Hitler: un maestro del simplismo psicológico, un brutal manipulador de masas. Pessoa: un sabio de los recovecos personales, un delicado espejo para individuos. Pero tal vez para individuos tristes, tirando a enfermizos.

Recuerdo aquel día de 1984 en que se publicó en castellano el *Libro del desasosiego* (en Portugal había salido dos años antes). Lo compré de inmediato. Creo que es la única vez que he llorado leyendo un libro. Entre las lágrimas y el entusiasmo, llamé a E. S. al periódico para decirle que la publicación de ese libro era noticia de primera página. No todos los días nace un clásico.

E. me explicó de modo paciente que no era costumbre dar en portada cosas así. Sin embargo, veinte años más tarde, me parece que habría sido una honra para *El Correo*.

#### EL FUMADOR EJEMPLAR.

En Las Vegas se refugian maleantes huidos de todo el país. La policía entró en el apartamento donde se había guarecido uno de ellos. Estaba oculto en el interior de un armario y no lograban hallarlo. Lo cazaron porque el hombre no pudo más de los nervios y encendió un pitillo.

NO TIENE VÍDEO porque está seguro de que se haría un adicto a las películas porno. Internet le ha durado dos días. El primero que se conectó estuvo tres horas navegando por las zonas x. El segundo, hasta las ocho de la mañana. Lo quitó todo. Ya no tiene ni correo electrónico.

*Sexual intercourse began  
In nineteen sixty-three...*

son dos versos famosos de Philip Larkin. Pero yo creo que ha vuelto a comenzar, no se sabe aún de qué forma, con Internet.

CAMBIO DE CASA. Estoy expectante. He tenido algunos momentos de aprensión, por lo que supone de variación de costumbres, pero ahora ya tengo ganas de que pasen estas dos semanas y empezar con el lío.

Comienza «De vita beata»:

... no salir, no tomar copas



2001

UNO DE ENERO. LASITUD. Una especie de mala hostia beatífica. Esta mañana hemos ido a comprar flores al vivero y al pasar junto a la ría, me he fijado en un barco con matrícula de Hamburgo, que se iba. He pensado que me iría en él, a Hamburgo, o adonde fuera. No estoy mal, pero estos días de relaciones sociales me han dejado un poco agotado. Hace un rato he pensado en Cioran, en que me apetecía leer alguna página suya. He seguido tumbado en el sofá, mirando al techo, como abobado, que es lo que él me hubiera recomendado seguir haciendo. Pero al final me he levantado, he abierto uno de sus libros y, a la segunda página, ya ha aparecido algo de lo que sabía que estaría allí: «Ser es estar acorralado».

He seguido leyendo a Cioran, pero ahora ya me cansa pronto. Sin embargo, hay una parte de mí, como creo que de todo el mundo, que expresó muy bien. Empleó casi toda su vida en convertirse en un especialista de ello. Esos momentos de integral aborrecimiento del ser humano. No pudo mantenerse ahí más que gracias a su sentido del humor.

¿CUÁNTAS VECES ME reí ayer durante las tres o cuatro horas que estuvimos allí? Muchísimas. Y sin embargo, no recuerdo nada gracioso. Reírse es algo que se hace todo el tiempo en reuniones como esa, pero que tiene muy poco que ver con el humor. Solo hace dos meses me he dado cuenta de que X, a quien conozco desde hace casi cuarenta años, no tiene apenas sentido del humor. Es una carencia que no se le nota porque es una persona

muy cordial y se ríe mucho. Supongo que en la juventud no se le da tanta importancia al sentido del humor como al hacernos mayores.

Fernando Fernán Gómez dice que con la edad ha perdido sentido del humor. Que tal vez es algo que se gasta. Yo creo que me está pasando lo mismo. Tal vez es como la salud y solo se nota cuando se deteriora.

En general, quizás, la ironía es un sentimiento más propio de la edad madura que de la juventud o la vejez.

LEO EN EL periódico que en la medianoche del 31, al dar las campanadas por la tele, la cadena que más se vio en el País Vasco, con gran diferencia, fue la primera de la española. La vieron algo así como el 77 % de los espectadores, mientras que a ETB no recurrieron ni un 15 %. Frente a los ilusos o apocalípticos que auguran un radiante o catastrófico proceso de independencia, este es el tipo de datos que fundamentan mis ideas sobre esta sociedad. También el hecho de que los pisos se estén poniendo por las nubes.

SALIÓ UNA FOTO mía en el periódico, tomada durante la presentación de un libro. Yo estaba bien en la imagen. Se me veía hablando con entusiasmo, gesticulante. Me quedé asombrado, pues llevo una época en que tengo la impresión de que todo el mundo me cuenta su historia y yo no hablo nunca.

VEO EN LA tele un momento de una entrevista de Armas Marcelo a Pedro Jota Ramírez en un programa de libros. Pregunta de Armas: «¿Pero tú no crees que con los años se verá que algo bueno sí hubo en el período de Felipe González?». Así andamos.

2002

**D**EJÉ SOLO EN CASA al gato por primera vez, para ir a Avilés. En la estación de autobuses sentí una angustia muy fuerte producida por la separación. No sé si debería contarlo, pero lo que me vino entonces a la cabeza, tras una de esas intrincadas y recónditas asociaciones de sentimientos de las que estamos hechos, fue el recuerdo de aquel día, a los catorce años, al final del verano, en que mi primera novia se marchó a Madrid para empezar el curso.

En el autobús no lee nadie nada. Me giro varias veces para estar seguro de que es así. ¿Qué hacen? Es de noche. Permanecen ahí, inmóviles, mirando hacia adelante. ¿Meditan? ¿Han alcanzado alguna especie de nirvana al que soy incapaz de acceder? Probablemente solo están fatigados, drogados de cansancio.

CONVERSACIÓN ABAJO, EN la comida. I. no lee nada. No parece importarle. Leer hoy ya no tiene ningún prestigio. Los jóvenes no suponen que en los libros exista algo que pueda servirles o ser bueno para ellos. Nunca ha leído nadie mucho. Pero ahora la lectura ya no está ni siquiera valorada. Antes teníamos un cierto sentido de culpa si no leíamos. Ahora, no. Por otra parte, tampoco se les nota mucho que no leen. La verdad es que, a los que leen, en general, lo que se les suele notar es que leen, pero no alguna cualidad especial.

«¡Libros, libros, libros! No puedo imaginar a Adolf sin libros. Los tenía en pilas alrededor de él en su casa. Siempre lleva-

ba un libro con él fuera donde fuera. Los libros eran su mundo», escribió de Hitler su único amigo de juventud.

HOY LE HE colgado el teléfono por una discusión política. Lo he vuelto a llamar. No me consiento que una discrepancia política, por fuerte que sea, expresada en los mismos términos en los que se estarán produciendo otras muchas idénticas en este exacto momento, sea capaz de romper una relación personal de largos años. Al menos, por ahora.

A GRANDES RASGOS, es posible que el nivel de preocupación, o de ansiedad, sea más o menos el mismo en una persona a lo largo de su vida. Si no es por una cosa, es por otra. Si no son mil pequeñeces, es una grande. Como si tuviéramos ahí dentro un termostato emocional particular.

En general, la mayoría de los momentos de angustia surgen por cuestiones relacionadas con el futuro. Steiner, en *Gramáticas de la creación*, dice que los tiempos futuros, subjuntivos y condicionales de los verbos aparecieron tardíamente en el lenguaje. Más o menos, hacia la última glaciación, «junto a los “futuribles” implicados en el almacenamiento de alimento, en la fabricación y conservación de las herramientas [...] La esperanza y el temor son supremas ficciones potenciadas por la gramática».

Pero el gato que tengo aquí al lado, sin saber nada de gramática, también experimenta temores y creo que incluso esperanzas.

«EL OTRO DÍA te saludé y tú no me saludaste», fue lo primero que me dijo. «Sí, en la Gran Vía», le contesté sin pensar, como hago a menudo.

2003

«**S**I EL DESTINO ME dejara llevar mi vida a mi manera... elegiría pasarla con el culo sobre la silla», cita Lacouture como epígrafe en la primera página de su libro *Montaigne à cheval*, que vine ayer leyendo en el autobús al volver de Avilés. A lo mejor yo me la hubiera pasado en un tren o en un autobús. En cualquier caso, la sensación de libertad, ruptura de lo habitual, anonimato y mezcla de actividad y pasividad que me produce viajar, me hace feliz. Y me lleva a leer con una concentración estupenda.

En el libro de Lacouture vi que Montaigne, en su viaje a Italia, cuando peregrinó a Loreto, dejó en la capilla un exvoto que firmó así: «Michel Montanus. *Gallus Vasco*». ¿Qué significaría eso de «Vasco» para Montaigne? Lacouture traduce: «Francés de Gascuña». No tengo el *Viaje a Italia*, pero, por la noche, anduve figoneando en Internet (¡qué octava maravilla del mundo es Google!) y hallé el pasaje donde se cuenta la visita a Loreto: «El lugar de la devoción es una pequeña casita vieja y miserable construida con ladrillos, más larga que ancha... Con gran esfuerzo, y recibiendo mucho favor, pude encontrar un espacio para colocar un cuadro con cuatro figuras de plata pegadas a él: la de Nuestra Señora, la mía, la de mi mujer y la de mi hija. Al pie de la mía está escrito, grabado sobre la plata, «Michel Montanus, *Gallus Vasco, Eques regii ordinis, 1581*».

Puesto ya a enredar con Internet, aprendí que Gascuña deriva de Vasconia y que, más o menos, incluía el territorio comprendido entre la Dordoña y los Pirineos, desde el Atlántico hasta la región de Toulouse. Luego introduje en Google las palabras



Montaigne y «*basque*», a ver que salía. Uno de los resultados me indicó que había algo en la *Apología de Raymond Sabonde*.

Al irme a la cama me llevé el Tomo II de los *Ensayos*, donde está lo de Sabonde. El gato se sentó en la butaca de enfrente y, después de mirarme un rato con los ojos muy fijos, vino a meterse conmigo entre las sábanas. Ha estado tres días solo y, al llegar yo a media tarde, me había recibido encantado, sin ninguna vergüenza de que se le notasen las ganas de verme. Nos saludamos con mucho cariño (no hay nadie en el mundo a quien salude yo con tanta efusión e impudor como a este gato), jugamos un rato por el pasillo con una pelota que le hice con un trozo de papel de aluminio y luego nos dimos muchos besos en el sofá. Una vez los dos en la cama, se durmió con la cabeza apoyada en mi pierna izquierda y empecé a leer.

A las pocas páginas del ensayo, Montaigne emprende un elogio de los animales, cuya inteligencia compara con la de los hombres. «Cuando juego con mi gata, ¿quién sabe si no me utiliza ella para pasar el rato más que yo a ella?», se pregunta. Unas líneas más adelante añade: «Ese defecto que impide la comunicación entre ellos (los animales) y nosotros, ¿por qué no ha de ser tanto nuestro como suyo? No se sabe de quién es la culpa de no comprendernos; pues no los entendemos más que ellos a nosotros. Por este mismo motivo, pueden considerarnos ellos bestias, como hacemos nosotros con ellos. No es muy extraordinario que no les entendamos (tampoco lo hacemos ni con los vascos ni con los trogloditas)».

HA NACIDO JON Alonso Abrisketa. Que sea feliz.

«Los más y más sanos de los hombres consideran gran ventura tener muchos hijos; yo y algunos otros pensamos lo mismo de no tenerlos» (Montaigne).

2004

C ONTINÚA LA BUENA RACHA y casi no apunto nada.

En algunos momentos pienso que cinco años tomando notas me han curado de la necesidad de tomar notas.

De todos modos, espero seguir con estos archivos, a los que vuelvo a veces como quien vuelve a casa, y soy yo mismo el que me abro la puerta y me recibo y me doy conversación.

MIGUEL INSISTE EN que me «atreva» a publicar. Dice que lo que tengo es miedo.

Tal vez, pero como el miedo platónico que tengo a los cocodrilos, a los que no pienso acercarme nunca.

De nuevo digo lo mismo. En un estado psicológico ideal no escribiría nada aquí.

TUSELL LLAMA HOY a X en un artículo «un pelín hortera». Seguro que es lo que más le ha molestado. A él, tan esnob y amante de las relaciones distinguidas. Mucho más que la descalificación de sus ideas.

Recuerdo cómo Jon me preguntaba con el mayor interés a ver quién era Pedro Ugarte, quién era aquel desconocido jovenzuelo que, en un artículo del periódico, se había burlado no solo de su conferencia, sino también de su vestimenta, concretamente de su «corbatilla de cuero».

2005

TÚ TE HAS PUESTO alguna vez un cucurucho de esos?».

«No».

«Pero ¿estás pensando que a lo mejor aquí sí te lo pondrías?».

«Sí».

Eran las doce y cuarto y habíamos recibido el año en Benidorm. Por primera vez en nuestras vidas, al aire libre, rodeados de gente que no conocíamos, bajo unos fuegos artificiales. Volvíamos a casa por la playa. Mirábamos con envidia las bolsas de papel de plata que algunos llevaban en las manos. Grandes sobres resplandecientes llenos de cucuruchos para la cabeza, serpentinas, confeti, silbatos, antifaces, matasuegras. Hablábamos de lo que nos gustaban en nuestra infancia los matasuegras. Reviví aquel sabor a cartón húmedo de sus embocaduras, chupadas hasta dejarlas deshechas. Vinimos a Benidorm para comprobar cómo habían quedado la cocina y el cuarto de baño, que han reformado en nuestra ausencia. Esta nueva manera de entrar en el año nos ha cogido de improviso. No me extrañaría que, si volvemos alguna otra vez por estas fechas, compremos una de esas bolsas plateadas y nos pongamos un cucurucho en la cabeza.

No ESTOY MUY seguro de que me siga gustando la literatura. Al menos no como antes. O tal vez no he tenido suerte últimamente. He leído los recientes libros de Marías y Bolaño, obras maestras para muchos. No creo que vuelva a ellas nunca.

2006

**P**ASAMOS LA NOCHEBUENA EN familia, en San Sebastián. Mantenemos esa costumbre. Nos gusta. Salieron los dos temas clásicos de discusión, el papa y el rey.

Hace tres años nos enzarzamos en el asunto del nacionalismo y acabamos fatal. Joana terminó llamándome «mierda de vasco», o «vasco de mierda», no recuerdo. En los dos años siguientes no se ha vuelto a suscitar el tema y hemos regresado a la vieja tradición de la *disputatio* a grito pelado sobre el papado y la monarquía.

Patxuko se disfrazó de Papá Noel y entró por la ventana del jardín delantero de Toni Etxea. «Ahora vete a otra casa, vete a otra casa», le dijo Jon enseguida, mientras comenzaba a abrir sus regalos. No sé cómo son los niños de ahora. No estoy seguro de que esa Nochebuena quede como un «recuerdo imborrable» en su memoria, según dice Tere que nos ha quedado a nosotros aquel 6 de enero en que vimos a los Reyes Magos en Villa Izarra. Pero esta vez al menos habrá fotos y un video que atestiguarán la veracidad del prodigio. A los niños de hoy, sometidos a estímulos de todas clases, ¿qué más les dará que se les aparezcan Papá Noel, los Reyes Magos, la Virgen de Fátima, un superhéroe o un alienígena de color verde? De hecho, el Papá Noel que entró por la ventana de Toni Etxea el otro día era a la vez Papá Noel y el Olentzero, sin que la duplicidad del personaje suscitara en Jon ni el menor asombro.

Nochevieja en Málaga, con Carlos. Allí es inevitable el tema del nacionalismo. Carlos está obsesionado. Ha dejado de desayunar Nesquik y comer fabada Litoral porque son productos de empresas catalanas. Menos mal que lo de ahora es el nacionalis-

2007



**P**ASAMOS LA NOCHEVIEJA EN casa de Carlos, en Málaga. Allí nos tocó enterarnos de la vuelta de ETA a los atentados, con el coche bomba de Barajas y los dos ecuatorianos muertos. No me lo esperaba. Nunca acierto con estos fanáticos. En lo que acierto siempre es en prever la reacción de los más derechistas ante los movimientos de ETA. Si declara una tregua se sienten contrariados. Si vuelve a los atentados, se vivifican.

No tengo ni idea de lo que va a venir. Por ahora, no pienso ir a la manifestación que ha convocado Ibarretxe con el lema «Por el diálogo y la paz». Monsergas. Que digan claramente: contra ETA. La responsabilidad del PNV por no haberse opuesto drásticamente y siempre a esos anormales es innegable.

#### LA DECADENCIA DEL langostino.

Ayer leí un verso de Rubén Darío donde aparecen unos langostinos.

Se encuentran en un lujoso poema titulado «El faisán». En él hay también fresas, champán, «cristales llenos de aromados vinos» y «rosas francesas en vasos chinos». Todo ello podría seguir siendo presentado a la mesa en un poema de hoy, incluso el faisán. Pero los langostinos, los pobres, me parece que ya no.

2008

PABLO ME REGALÓ *El cuaderno rojo*, una breve y graciosa autobiografía de Benjamin Constant. Compré también su *Diario íntimo*, recién traducido.

Un año después de haber comenzado el diario, Constant lo relee. «Me divierte pasablemente hacerlo», dice. Y añade: «Al comenzar me había prometido no hablar sino para mí, y sin embargo es tal la influencia del hábito de hablar para la galería, que por momentos lo he olvidado».

Yo estoy seguro de que ahora escribo menos páginas en estos archivos porque tengo galería. A los tres amigos habituados a leer lo que selecciono cada año se han sumado en estos días los lectores de *Clarín*.

Constant no permitió leer el diario a nadie y no se preocupó de que se conservara tras su muerte. Solo se publicó en 1952. Era lo habitual entonces, en la «época del secreto», como la llama Lejeune, un siglo que va desde los años 1780 hasta principios de los años 1860, cuando los Goncourt editaron su *Journal*. En aquel siglo se escribían muchos diarios íntimos, pero a nadie se le pasaba por la cabeza la idea de publicarlos o de que algún día fueran publicados. Lejeune dice que el diario de Constant es al diario moderno lo que las *Confesiones* de Rousseau a la autobiografía moderna. Su origen y modelo. Añade que el diario íntimo le sirvió a Constant para «examinarse en secreto», «construirse una memoria» y «afrontar el futuro». Lo de «examinarse en secreto» a mí ya no me vale. Tengo galería.

2009

YA LLEVO DIEZ años con este diario. Hay días en que pienso que podría dejarlo, pero creo que se ha convertido en una adicción. Según Lejeune, existen autores de diarios que el 1 de enero queman lo escrito el año anterior. Los entiendo. Yo tomo estas notas con la certeza de que luego eliminaré gran parte de ellas. A menudo se dice que nadie escribe para no ser leído. Esto es falso. Somos muchos los que a veces escribimos solo para ordenar nuestros pensamientos, guardar memoria de algo, calmar los nervios, o por mil otras razones que no tienen nada que ver con la ambición de ser leídos. Probablemente entre los diaristas neuróticos somos mayoría.

AMA Y ANGELINES hablaban sobre los inmigrantes. «Usted también es una inmigrante», dijo Angelines. «¿Yo?». A ama se le había olvidado. A mí también se me olvida. Los dos nacimos en Nueva York y llegamos aquí en un barco, en 1947, ella con veintiséis años y yo con meses. En realidad, yo soy más inmigrante, pues mantuve la nacionalidad estadounidense hasta pasados los treinta. Nunca he podido ser ni remotamente «antiamericano». Aquí mismo, a mi espalda, en un estante de la biblioteca, tengo el idollito de una pequeña Estatua de la Libertad.

Un día me nacionalicé español más que nada por el fastidio que suponía renovar la tarjeta de residencia. Siempre se me olvidaba hacerlo y la mayor parte del tiempo vivía como un «sin papeles». Recuerdo la inquietud y los malos ratos al cruzar la fron-

2010

**L**EO PÁGINAS DE años anteriores y las borro. El diario va en contra de mi memoria, que tiende a olvidar los momentos malos. No me interesa que me los recuerde. Esto no es un acta notarial de mi vida. Ni un testimonio exhaustivo. Ya he dicho alguna vez que no pasa de un tráiler. Y si escribes contra algo o contra alguien, aunque sea para desahogarte, tiendes a acordarte solo de ello. No sé a quién le leí hace poco que de su vida pasada no recuerda más que su diario. Creo que empieza a sucederme algo parecido. Voy eliminando entradas, pero siento pena por ellas. A veces no son sino citas o exageraciones insensatas que no me atrevo a guardar en estos archivos, asuntos que solo me importan a mí, y que, por eso, quizás, darían cuenta mejor de mí.

**ME ABURRO.** No sé si confesar esto a los sesenta y tres años es muy digno. No me costaría arreglarlo y encontrar alguna cita en Cioran, Schopenhauer, Leopardi o cualquier otro sabio que hable de la enorme dignidad del aburrimiento. De cómo solo los espíritus grandes, más grandes que todo los que les rodea, son capaces de aburrirse. Pero me aburro. Infantilmente. Llevo una temporada con la impresión de que me aburro y de que tengo que hacer algo para pasármelo mejor. Como un niño. Solo me tranquiliza pensar que seguro que es pasajero. Bastarán un par de libros que me interesen de verdad en este momento, un viaje corto.

He optado por leer a Leopardi.

«El título de amable no se adquiere sino a costa de padecimientos», dice. Para ser considerado amable hay que escuchar y

## EPÍLOGO



HACEN BROMAS sobre la abundancia de fotos y vídeos de gatos en Internet. Yo pienso en la capacidad de supervivencia y multiplicación de estos animales que han conseguido aprovechar en su favor hasta la última de las nuevas tecnologías.

Dice Burroughs en su conmovedor libro *The cat inside* que los gatos no fueron domesticados en el Antiguo Egipto para cazar los roedores que se comían el trigo almacenado en los silos, sino como «compañeros psíquicos», animales cuya sola presencia aumentaba el bienestar emocional de los humanos. Y ahí siguen.

CLASE DE FÍSICA. En cuanto oigo hablar de la cultura del esfuerzo me acojo a la madre naturaleza. Incluso durante el mayor de los temporales, ella sigue siempre la ley del mínimo esfuerzo.

«TU MUJER ESTARÁ PREOCUPADA POR LO DE X», me ha dicho el peluquero. Al principio no he sabido a qué se refería. Pero enseñada me he dado cuenta. «No. Por lo que está preocupada es por los problemas del Centro Niemeyer de Avilés». X es un futbolista asturiano que tuvo una lesión grave. Y como María es asturiana, el peluquero ha debido de pensar que estaría sufriendo algún tipo de conmoción psicológica por la mala suerte del jugador. María

no ha visto un partido en su vida y no se encuentra afectada por la pandemia actual de fútbol. María goza de la bendita inmunidad de aquel Ezkerra que un día de no hace tanto tiempo me preguntó, como a escondidas: «Oye, dime una cosa, ¿qué es exactamente un penalti?». O de aquel Borges que fue a un partido de fútbol con su amigo Enrique Amorim y se marcharon a casa al terminar la primera parte porque no sabían que hubiera una segunda.

PROVERBIO NO ÁRABE.

«Siéntate a la puerta de tu casa y verás pasar a tu enemigo en un Ferrari».

«AHORA VOY A DORMIR UN POQUITO MÁS». Se dio la vuelta en la cama y ya no despertó.

«Auar fader ju ar in jeben, jalou vidai neim, dai kindon cam, dai uil bi dan...». Así nos lo enseñó esta guapísima neoyorquina cuando casi no sabíamos ni hablar.

NO ME APETECÍA estar en casa ni estar en la calle. Hubiera pasado el día en el ascensor.

«¿HA SENTIDO A VECES EL LECTOR que pasó su vida entera como preparándose para defender una tesis de doctorado?», pregunta el narrador de *La soledad del lector*, de David Markson. Pues sí, a veces sí. ¿Qué miembro de qué tribunal ha dicho que yo tenía que haber visitado esa exposición sobre el arte ruso que lleva va-

# Índice

1999 .....	9
2000 .....	57
2001 .....	91
2002 .....	123
2003 .....	149
2004 .....	187
2005 .....	225
2006 .....	273
2007 .....	331
2008 .....	367
2009 .....	405
2010 .....	443
EPÍLOGO .....	483